
«¿Quién podría haberse imaginado que aquella muchacha noble, sencilla, soñadora y romántica, de delicioso rostro y esbelta figura adolescente, llamada Mariela Salinas, habitante de uno de los barrios humildes, tradicionales, del puerto de Chimbote, habría de convertirse con el correr de los años en el símbolo juvenil de una ciudad siempre convulsionada por el fuerte viento de las luchas sociales?

»Me es difícil imaginarlo, ahora que es otoño y la recuerdo. Ahora que la ciudad y el país entero se hallan remecidos por las acciones armadas de los grupos revolucionarios y las fuerzas del orden, mucho más terribles que entonces, por cierto, donde tiembla el sistema, el orden antiguo.

»Cuando en las noches de verano yo pasaba por su casa tratando de propiciar un encuentro aparentemente casual, me llegaba desde el fondo de su pequeño patio, por cuyas murallas se derramaban fraganciosas buganvillas, su voz, que era como el rumor de las gaviotas en el limpio cielo del horizonte marino:

*Adiós, chico de mi barrio,
pregúntale a mi canción
en qué lugar de mi casa
estoy esperándote...*

»Por entonces, no sabía que ella, además de gustarle cantar, escribía poemas, ni que había alguien tan poderoso en su vida como ese hombre de fulgurante y misteriosa mirada, muy interesado como yo en su persona... Pero estoy adelantando una historia que me gustaría escribir alguna vez, y si yo no puedo hacerlo —pues la vida la llevo en la punta de los dedos desde que soy un convencido de que el poder nace del fusil— ojalá alguien lo haga, en base a los cuadernos que tengo. Esa historia de la que hablo no es solo mía, sino también la de aquellos muchachos in-

olvidables que estudiaron conmigo en un colegio técnico del sur de la ciudad y participaron en la histórica huelga de los pescadores del puerto.

»Muchos de ellos, por no decir la mayoría, son hoy trabajadores absorbidos por la rutina en la siderúrgica de Chimbote.

»De los otros, muy poco sé de sus vidas. Menos aún de mi queridísimo amigo el Ñaras, un muchacho que amaba la música de Los Pasteles Verdes y las tardes de fútbol en el Vivero Forestal, quien no pudo cumplir su sueño de jugar por el equipo de sus amores: el José Gálvez de Chimbote. Dejamos de vernos cuando abandonó la ciudad intempestivamente llevado por una fuerte decepción amorosa. Las últimas noticias que me llegaron de él hace mucho tiempo fue que alineaba en uno de los cuadros fuertes del norte del país: los Diablos Rojos de Chiclín.

»Del Cholo Manrique lo único que he sabido es que logró conquistar a la bellísima Dora, hermana del Ñaras, en franca disputa con el Galladaza Larrea, otrora acaparador de medallas y diplomas en el colegio, a quien esta vez le tocó perder. Aquellos, ya casados, viven en el puerto, mientras que el Galladaza, según las últimas referencias que me dieron sobre su vida, hizo estudios universitarios en Lima, se casó con una joven chilena y es dueño en la actualidad de aserraderos en la selva.

»La vida de Dany Barrios y la gringuita Patricia Bockholtz desde que desaparecieron de Chimbote sigue siendo un misterio. Los pocos que creen saber algo de ellos, aseguran que se metieron a militar en el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA) y que estarían movilizándose en la actualidad por las zonas de San Martín y Moyobamba. De ser así, yo que me encuentro en la otra orilla de sus posiciones políticas, espero no encontrarlos en mi camino. Sería lamentable, puesto que no puedo concebir que en un mismo país coexistan dos grupos revolucionarios de distinta ideología».

(Texto manuscrito hallado entre las pertenencias de Manuel Rojas Padilla, muerto a balazos por la policía antiterrorista, luego de su participación en un atentado dinamitero en la ciudad de Lima el 29 de agosto de 1989).

UNO

I

Desde la cubierta, junto a una de las portezuelas que dan a la sala de máquinas de la bolichera *Flor de Chimbote*, Pedro Chinchayán, jovencito inexperto, recién salido del colegio e incorporado al duro trabajo de la pesca, observa absorto, en medio de la negra noche, las distantes luces del puerto, sintiendo el tumultuoso vaivén de las olas que rugen con el viento. No muy lejos, la pálida y amarillenta iluminación del muelle contrasta con la de una lancha de proa alta, erguida en el varadero de la fábrica, que semeja un castillo de estrellas en el lienzo oscuro de la noche.

—Putra madre, quiora mierda vendrá ese cojudo de Nieves Collanqui. Tengo hambre y nuay quién se quede a cargo de la lancha.

Pedro Chinchayán oye lamentarse al hombre, un técnico electricista que vino a hacer reparaciones y quedó encargado del cuidado de la lancha hasta el retorno del motorista. Ansioso de salir él también a tierra, Pedro Chinchayán no sabe qué responderle. Él vino solo a dejarle un encargo a Nieves Collanqui, de parte de una señora llamada Sara, quien fue a su casa, en el barrio Progreso y le suplicó entregarle urgente a Collanqui un papel doblado asegurado con cinta adhesiva.

Hoy es noche de sábado y el resto de la tripulación estará con su familia en sus hogares, en el cine o, acaso como siempre ocurría, y era lo más probable, tomándose unos tragos en chinganas y burdeles del puerto.

El muchacho alumbra de cuando en cuando en dirección al muelle con la potente y pesada linterna de seis pilas que hace una semana le prestó Morillo, el cocinero de la embarcación. La liviana portezuela, con el balanceo de la nave y por efecto del fuerte viento, le golpea el cuerpo repetidas veces, rebotando. Chinchayán se encoge de frío en ese ambiente tétrico, con sonidos raros que provienen de la bodega o de la sala de máquinas.

Por fin, cuando Chinchayán y el hombre ya desesperan, un motor ronca en el muelle con denodado esfuerzo. Es del *Pe-*

drito, una nave pequeña utilizada para llevar y traer gente del muelle a las lanchas y viceversa. Ahora se está retirando del espigón para enfilar hacia la *Flor de Chimbote*, donde aquellos esperan. Avanza veloz cortando las olas que a ratos se estrellan muy fuerte, haciendo salpicar agua salobre sobre la pequeña cubierta. El farito colocado en el frontis de la caseta de mando gira sobre su eje disparando chorros de luz a las tinieblas.

—Ahí viene el cabro ese. Ya era hora.

Es corta la distancia que tiene que recorrer el *Pedrito*. Chinchayán apaga la linterna y fija la mirada en la silueta apenas visible del remolcador. Ya cerca, la navecita enciende su luz interior, y aparece nítida en la caseta la figura del viejo Tripolio, su conductor, bien abrigado con su infaltable casaca de cuero y su gruesa bufanda alrededor del cuello. Sobre la proa, ocultando a ratos al viejo, Nieves Collanqui, el motorista de la *Flor de Chimbote*, se alista para subir a bordo. Lleva puesta una chompa azul, gruesa, con el cuello Jorge Chávez levantado hasta las narices.

—¡Salta, pajero! —le grita desde la caseta el viejo Tripolio, pegando el remolcador al casco de la embarcación grande al ver a Collanqui haciendo intentos de dar el salto hacia ella. Las olas levantan y bajan como a un juguete a la pequeña nave, donde resulta difícil mantenerse firme si no se está cogido de algo. Collanqui, en el momento en que una ola levanta al *Pedrito*, arriesga y da un ágil brinco, logrando agarrarse, aunque con dificultad, de una de las llantas aseguradas con cadenas a la borda de la *Flor de Chimbote*. Chinchayán le da la mano y lo ayuda a subir a la cubierta. Ya en ella, le habla brevemente del encargo de la mujer llamada Sara y se lo entrega. Nieves Collanqui se lo agradece, le da unas palmadas en el hombro y lo despide. Enseguida, el muchacho da un salto exitoso a la popa del remolcador y, tambaleándose, busca algo de qué aferrarse para afirmarse mejor.

El hombre que lo acompañaba aún no salta. Acaballado sobre la borda, le da antes a Nieves Collanqui breves referencias sobre el trabajo realizado, elevando la voz ante el ruido de las olas. Al despedirse, lo hace con palabras que si no fuera por el tono amical y de confianza que existe entre ambos, resultarían ofensivas:

—¡Achicas la sentina, jijunagrandísima, y seguro que allí encuentras el alicate, cabronazo! —le grita finalmente saltando con destreza. Al caer, busca equilibrarse por unos instantes hasta

que logra cogerse de una argolla de bronce que sobresale de la caseta. En la otra embarcación, Collanqui, acosado por el frío, se mete rápidamente en su camarote.

El *Pedrito* parte a gran velocidad.

Ya junto al muelle, el hombre coge el pesado cabo que descansa arrollado en la popa. Chorreando agua como está, lo lanza con fuerza hacia el piso de tablones del espigón, al que ágilmente trepa cogiéndose duramente de las llantas. Una vez arriba, corre a fijar la cuerda en el cacho: un bloque sólido de fierro.

—¡Apura, carajo!

Al fin la navecita queda atracada en el muelle, pero no quieta, pues las olas, con el viento que arrecia, la acercan y la alejan. Pedro Chinchayán —que va a subir al muelle también—, al tratar de imitar a su antecesor, da un salto tardío en el preciso momento en que el *Pedrito*, jalado por las olas, se abre. Y cuando ya iba a irse al agua, logra prenderse con las justas y con desesperación de la cadena de una llanta, salvándose de milagro. Chucha, casi se jode el pata.

Las risotadas del viejo Tripolio y de unos obreros que descansan sobre los boliches arrumados junto a la caseta del absorbente lo hacen trepar con prontitud.

—¡Chino, mira a tu hijo!

Pero el hombre ya está lejos. Pedro Chinchayán, azorado, se toca el bolsillo. Sí, ahí estaba la linterna felizmente.

Muchos hombres van y vienen por el muelle bajo la mortecina luz de los postes. A la derecha, en el varadero, los tablones de la plataforma sobre la que se posan las lanchas para sacarlas a tierra o depositarlas en el mar están siendo cambiados por numerosos carpinteros con mamelucos azules y cascos rojos, premunidos de buena luz.

Ahí sobre los rieles se yergue la Monte Christi, flamante lancha en la que ondea la bandera ecuatoriana, junto a la peruana. Es de Picsa Astilleros y ha sido vendida al vecino país. Pronto será arrojada al agua. Decenas de obreros suben y bajan por su impresionante estructura metálica, alistándola para su botadura al día siguiente, a la que acudirán representantes del gobierno.

Pedro Chinchayán, después de soportar a su paso el caluroso resoplido de los motores de la planta harinera y el picante olor del pescado quemado que se esparce por todos los ámbitos, ha traspuesto el portón de Productos Marinos, la fábrica de hari-

na y aceite de pescado a cuya flota pertenece la *Flor de Chimbote*. Y ahora espera los colectivos que lo llevarán a casa. Hay pescadores de otras lanchas y de las fábricas vecinas esperando también. Algunos consumen los alimentos que se expenden en carretillas y quioscos, o matan su hambre con golosinas o frutas.

Ya en el colectivo que lo lleva para dejarlo cerca de su casa, siente con más nitidez el vaho salobre que viene del mar. Cruza los brazos y se recuesta contra el respaldar. No quiere pensar en nada, solo dormir; sin embargo, a su lado, los hombres parecen deseosos de charla.

—Así que ahora están de fiesta por la venta de la lancha —comenta el chofer.

—No, amigo —replica un sujeto azambado que viste camisa de colores—. Para el obrero no hay nada. Es cosa solo de los grandes. Para ellos es el homenaje. Qué diferente era cuando estaba vivo el finadito Bianchi Ross. Él sí cualquier cosa que había la celebraba con todos nosotros. Ponía trago, comida, buena música y hasta mujeres. Con él no había diferencias. Pero ahora los obreros no somos nadie...

—¿Ah, sí? ¿También les ponía hembras?

—¡Pero claro! Nos traía hasta bailarinas cuando había fiesta grande en la fábrica durante la celebración de San Pedrito, o cuando en su astillero botaban al mar alguna lancha nueva. En esos tiempos estaban de moda la Tongolele, Anacaona, Betty di Roma y unas chilenas que eran el deshuevo de la farándula en Lima. Él las traía para que hicieran su *show* en el patio de la pesquera Humboldt.

—Oye, ¿vendría la Sara Sarandonga también, no?

—Por supuesto. Ella estaba en su apogeo entonces, aunque la verdad es que no era de la categoría de aquellas que más que bailarinas eran *vedettes*, pues hacían espectáculo. A la Sarandonga le gustó Chimbote por la marmaja que aquí abundaba y se quedó. Cuántas veces nosotros nos la levantamos a ella y a sus amigas las copetineras del Bar Azul cuando nos íbamos de pesca.

—Anda, huevón, no me vas a decir que las embarcaban y se las llevaban a la mar.

—Pero lógico, compadre, así mismo era. Previamente nos reuníamos en el Bar Azul y les decíamos a las chicas si estaban dispuestas a dar un paseo en lancha con nosotros, donde habría trago, buena música y harto billete. Y ellas, felices, que

vamos, guapos, que cuándo salimos. Nosotros partíamos de la fábrica sin ellas por supuesto y nos dirigíamos hacia el muelle de Gildemeister, donde nos esperaban. Allí las embarcábamos. Nos las llevábamos directo a la isla de Santa o a Guañape. Allí los guardianes lo tenían preparado todo. Comíamos cebiche, sudado, jalea o lo que fuera, y encima trago como mierda. Poníamos música a todo volumen, bailábamos y terminábamos en una orgía de la putamadre. Algunas parejas acababan tumbadas sobre los colchones de plumas de aves marinas que confeccionaban para venta los guardianes; otras, en la playa sobre la arena blanquita; y no faltaban las que se metían en las grutas o boquerones del acantilado en medio de los lobos. Después, de nuevo a la lancha y a dejarlas en Salaverry, donde tomaban su carro de vuelta a Chimbote, en tanto nosotros recién enrumbábamos a la zona de pesca avisando por radio a la fábrica que nos habíamos extraviado de ruta.

—Ah, qué pendejos.

—Pero todo terminó, compadre, cuando algunas de ellas salieron preñadas y empezaron los líos...

La charla de los pescadores se va confundiendo con el graznar de los patos en los totorales que se alzan hacia un lado de la pista, y Pedro Chinchayán los va oyendo cada vez menos a medida que se va hundiendo en el sueño. La mención de Sara Sarandonga que ha escuchado lo hace ver por instantes a la mujer que le hiciera el encargo del papelito para Collanqui, bailando desnuda en el patio de la fábrica ante el aplauso y la euforia de los pescadores, y a ratos la ve acercársele insinuante, haciendo retemblar sus senos y susurrándole, Yo soy Sara Sarandonga, hijito.

Catay, por estos años del 2000 sí que la pesca se ha puesto bien jodida. El mar ya no es más la hembra paridora de antes. Ahora pare cocaína en vez de anchova. Los narcos, los pichicateros esos, se han apoderado del puerto. Los llamados «cárteles de la droga» que dicen, de Tijuana, del Golfo, y también los de Lima y del Norte, están metidos acá como en su casa, envolviéndonos a todos en un remolino del que muchos no podemos salir por la amenaza constante de los sicarios de la mafia.

Chimbote está invadido de colochos y mexicas —así les dicen a los colombianos y mexicanos— que, simulando dedicarse a negocios honrados, la mayoría de ellos solo son disfrazados nomás.

Si bien el narcotráfico se ha intensificado, catay, en estos últimos años en Chimbote, se sabe que existía ya desde tiempos de Bianchi Ross, el millonariazo ese descendiente de italianos que industrializó la pesca por la década de 1960. Algunos creen que, debido al terremoto y porque mataron a ese hombre poco después, a Chimbote le cayó algo así como una maldición del cielo. Yo más bien diría que fue una maldición del diablo, pero no debida a Bianchi Ross, sino a ese anciano que habitaba en las grutas de El Dorado, llamado Pedro Tijera, al que considero encarnación del cachudo, el mismo que desapareciera del puerto durante la huelga de pescadores, allá por los años 1977 o 1978, llevándose a una preciosa niña que, convertida en gaviota, dicen que se fue volando detrás de él, transformado, a su vez, en un viejo y decrepito alcatraz. De paso, ese demonio se llevó también, catay, los bancos de peces que de manera abundosa colmaban la bahía, como la escurridiza y plateada anchoveta, la más abundosa en la llamada pesca industrial; la caballa, que haciendo secar por sacos llevaban los comerciantes hacia la sierra; y recuerdo todavía que por esos años podía verse, nadando cerca de la orilla, a alegres e inofensivos bufeos que con sus resoplidos de ¡buf! solían jugar con nosotros, los hombres de mar, siguiendo a las lanchas en su navegación. Sí, todo eso era Chimbote antes de la desaparición de ese viejo, encarnación del cachudo, del que hablo. Yo sé un poco de su historia también, como que lo conocí personalmente y por lo que, catay, me contó Guango, el brujo del barrio Miramar, rival a muerte de la hechicera Flora Llajaruna de las campiñas de Chimbote, de quien decían que solía convertirse en gallinazo para cometer maldades.

Catay, esa vez que lo conocí al Viejo Tijera estábamos en plena veda; esto es, que por órdenes de la capitanía de puerto teníamos que dejar de pescar un tiempo, a fin de que las especies se reprodujeran. Como eso duraba de dos a tres meses sin que nos cayeran chivilines para parar la olla, había que agenciárselas como sea. Por eso fue que decidí irme unos días a cordelear a El Dorado, ese inmenso cerro que se alza al sur de la ciudad, junto al mar, a ver si picaban algunos pejecitos siquiera. Para tener

compañía me fui, catay, a buscarlo al Venshe, mi paisano, tripulante de la *Áurea Garrido*, que domiciliaba por ahí nomás donde yo vivía, en el barrio de Villa María. Y, ni qué, se animó.

Esa noche había buena luna, me acuerdo. Parecía de día todavía. Bien abrigados con nuestras chompas y guardando en una grieta los pertrechos, nos instalamos en un lugar aparente donde no corría mucho viento.

Alistamos bonito nomás la carnada, a base de miñocas que yo traje en un frasquito, y sin dejar de conversar lanzamos nuestros cordeles al agua. Como el mar estaba movidazo debido a la marea, las olas empujaban los anzuelos contra las rocas a cada rato, de modo que para evitar que se quedaran trabados en la peña, decidimos suspender nuestra ocupación hasta que el mar se calmara un poco.

En tanto hacíamos tiempo, para no aburrirnos saqué un cuartito de coñac. Me zampé un trago y luego le alcancé la botellita a mi paisano. Él, por su parte, me invitó un cigarro.

Entonados ya, empezamos a recordar los tiempos en que, muchachos todavía, nos vinimos a la costa a trabajar en las haciendas de Vinzos y Tamborreal, procedentes, él de Corongo y yo de Huaylasbamba, en el mismo Callejón de Conchucos.

Coincidimos en Tamborreal donde trabajamos un tiempo, catay, como peones en el trasplante de arroz. Después, cada cual tomó su rumbo y nos perdimos de vista, hasta que volvimos a encontrarnos en Chimbote, en la fábrica pesquera Productos Marinos, de propiedad de unos chapetas, donde nos tocó laborar en distintas lanchas.

Estábamos en esos recuerdos, cuando, no sé cómo, al darnos cuenta de la hora, comprobamos, catay, que ya era de madrugada y el mar no solo se había calmado, sino que estaba más bien como escuchándonos. Sacudiéndonos entonces de la pereza, empezamos a alistar nuestros cordeles.

Al poco ratito, cuando ya teníamos en nuestro haber algunas mojarrillas y cachemas, el Venshe me dice, Oye, Morillo, ¿ves lo que yo veo? Entonces me acerco a mirar hacia la playita adonde me estaba señalando, a un costado de la peña que ocupábamos, y veo, propio, una cabeza nomás, que a ratos parecía de animal y a ratos de humano. No se distinguía bien. Avanzamos un poco y recién pudimos identificarla claramente. Lo que estaba tirada ahí sobre la arena húmeda era ni más ni menos que una

enorme cabeza de res, a la que apenas llegaban a lamer las olas, sin poder arrastrarla. Los ojos de esa cabeza degollada relumbraban tanto con la Luna, que parecían estar mirándonos. Lo único que se me ocurrió decirle al Venshe fue que seguramente la habrían arrojado de alguna embarcación o se les habría caído simplemente. Pero, eso sí, se veía fresquita, como buena para caldo.

A fin de verla mejor, bajamos con cuidado nomás, agarrándonos de las rocas para no resbalar. Al acercarnos, nos llenamos de sorpresa, catay, al darnos cuenta de que la cabeza relumbraba como si fuera de oro purito. ¿Quéééé?, nos quedamos mirando como tonteos. Mi paisano, sin poder aguantarse, de un salto se adelantó y, volteando a verme, con los ojos feamente abiertos, como si le hubiera dado de pronto mal de locura, exclamó, ¡Sííí! ¡Es de oro, Morillo! ¡De purito oro! Ya iba a lanzarse, catay, a cogerla, cuando yo lo empuñé de su camisa con fuerza, Espera, sonso, espera, diciéndole, puede ser encanto, no la agarras, ¿entiendes? ¿Encanto?, torció feo su jeta, ¡Nooo! ¡Es de oro puro, Morillo! ¡Agarrémosla antes de que la arrastre el agua!... Un extraño presentimiento me hizo volverme a mirar hacia el cerro en momentos en que el Venshe se soltaba de mí. Entonces vi, clarito a la luz de la Luna, algo que me llenó de espanto: tres figuras esqueléticas, apenas cubiertas con harapos, bajaban desde la cumbre de El Dorado moviéndose leentitas, en dirección a nosotros. Al volverme a mirarlo al Venshe, que seguía gritando como loco, ¡Es de oro! ¡Es de oro!, lo vi, metido en el agua hasta las rodillas, intentando coger la cabeza de oro a la que las aguas estaban arrastrando mar adentro. Volví el rostro, desesperado, y nuevamente vi a esos zombis, ahogados o qué serían, que, amenazantes, continuaban bajando del cerro, arrancándose con furia mechones de su cabeza que, ¡ay, taitito!, tan luego los desprendían, ahí mismito brotaban otros igual de abundosos. ¡Venshe!, le grité a mi paisano, ¡mira arriba! Pero él seguía como si hubiera perdido el entendimiento. Los ahogados seguían avanzando, paso a paso. Y cuando ya los teníamos, catay, casi encima de nosotros, yo ya no tuve más remedio que aventarme al mar, empujando de pasada al Venshe, con la esperanza de que las aguas lo volvieran a su juicio y pudiera escapar, como yo, nadando. Y como qué, recién con el chapuzón Venshe pareció reaccionar, menos mal. ¿Qué ocurre?, preguntó sacudiendo su cabeza. Yo me volví a señalarle el cerro. Solo entonces los descubrió.

Espantado, echó a nadar tras de mí, ¡Santo ángel de mi guarda!, murmurando. Braceamos lo más rápido que pudimos tratando de ganar un islote cercano. Fue en ese momento que escuchamos la carcajada escalofriante del Viejo Tijera, que apagó el ruido de las olas e hizo volar asustados a cientos de pájaros guaneros que dormían en los alrededores. Ahí estaba, catay, el viejo, en la misma cumbre, bañado con la luz blanca de la Luna. Las puntas de su largo cabello cano, desparramándose bajo el sombrero, se agitaban levemente con la brisa. ¡El shapirote, hermano! ¡El shapirote!, gritó Venshe, nadando más rápido y encomendándose a taita San Pedro, patrón de los pescadores. Hasta eso, los zombis se habían detenido, menos mal, junto a los peñones donde reventaban las olas, chillando ante las salpicaduras de las aguas. ¡Nos salvamos!, le dije a mi amigo, aliviado, los ahogados no pueden tocar agua. Eso dije, pero, en ese instante, un grito desgarrador que clarito oímos, ¡Auxiilioooooo meee aaahogoo!, y que vino desde allá lejos en el mar, nos puso los pelos de punta otra vez, al tiempo que veíamos aparecer entre las rocas del islote hacia el cual nadábamos a tres figuras de pesadilla como las anteriores —o eran acaso las mismas—, que, arrancándose los cabellos, nos esperaban amenazantes. Desesperados, sin saber qué hacer, solo girábamos en el lugar donde estábamos tratando de mantenernos a flote, en tanto pedíamos auxilio a grandes voces. Gracias a taita San Pedro, en ese momento amanecía. ¡Mira, Venshe!, le grité aliviado a mi amigo, ¡Ya está clareando y los ahogados han desaparecido! Y cuando, esperanzados de llegar a la playa, nadábamos pueda o no pueda hacia ella, vimos, catay, con gran alegría, que unos pescadores de chinchorro, descubriéndonos a lo lejos, dirigían su bote hacia nosotros y, poco después, nos rescataban.

Ya cuando en la pequeña embarcación nos alejábamos del lugar contándoles a nuestros salvadores nuestra experiencia, una vez más, ante la sorpresa de estos, oímos la carcajada del Viejo Tijera, que resonó en las peñas altas viniendo desde el otro lado del cerro, ahuyentando a los últimos pájaros, que volaron en dirección a esa isla medio lomuda y azulosa, conocida como El Ferrol.

—Ya estamos entrando por Corcovao y nosotros somos los únicos que navegamos por estas aguas, compadre —dijo Pachanga, algo preocupado, al timón de la *Nústa I*, sintiendo que la lancha cabeceaba con las olas tumultuosas que acometían la proa.

—Sí, pues, mayoría pescadores parece que nu'an salido, hom —dijo Muki, dando una pitada a su cigarro—. Pendejos sindicato con agitador Chinchayán al cabeza jodiéndolo todo están. Estas alturas, si por huelguistas ociosos no fuera, dueño ya sería yo de un lanchita más siquiera. Caray, hom, cómo nomás pue...

—Olvídate de esos mierdas, paisa —dijo Pachanga—, que ya Morales Bermúdez los va a sentar de culo como hizo con su compadre Juan Velasco Alvarado.

—Ah, sí, hom. ¿Dicen, pues, que lo mandó matar, no? Yo vi ese atentado.

—¿Anda! ¿Tú lo viste? —paró las orejas Pachanga.

—Sí, yo vi, hom.

—¿Cómo fue? A ver cuenta.

—Dio el casualidad que yo andaba por Lima comprando un cosita y otra para mis negocios aquí en el puerto, cuando en eso oigo, por el Zanjón que le dicen, un gran alboroto de sirenas y pitos como de ambulancia. ¡Gua!, me dije, ¿qué nomás pues? En eso veo pasar a todo el velocidad hartos carros que seguían a otro, color negro, chilandito. Entonces alguien del grupo de gentes que se amontonaron mirar dijo, Es el Chino Velasco y su comitiva que pasan. No bien terminó de hablar esi hombre, suenan dos, tres disparos, hom, desde los edificios cercanos, y entonces carro chilandito veo hace zigzags y termina chocando, ¡poom!, contra el pared duro de concreto. Enseguida, de esos autos que haciendo escolta venían, bajan apurados hombres terno negro y lanzan al carrera, como veinte será, e igualito, hom, cuando un padre cae y sus hijos corren a protegerlo, así vi cómo esos hombres encargados dar seguridad presidente, con su cuerpo protegían pensando seguro podían más balas caerle. Pero el disparos calmaron y el gentes tuvimos que hacernos humo a fin no comprometernos, hom, oyendo que decían, ¡Han matado Velasco! ¡Han matado Velasco! Pero al que de veras habían matado era a su chofer. Él herido nomás habían sacado y llevado hospital emergencia. Y de eso nadita salió en periódicos, radio ni televisión.

—Ay, chucha. ¿Así fue?

—Así fue, hom. Yo vi como te digo. Aunque ahí mismo no murió, pero ya quedó maluco, y ahora ya no gobierna.

—Ya ves? —concluyó Pachanga—. Así los va a joder Morales Bermúdez a esos huevones que se oponen a la privatización de la pesca.

—Vos tienes el razón, Pachanga, hom —respondió Muki, mirando con atención las encrespadas aguas del mar embravecido—. No vale el pena amargarse más el sangre. Confíemos en que todo va arreglarse, sea por el buenas o por el malas.

Un rato se quedaron callados. Un vago rumor de conversación y risas se oía abajo en los camarotes.

—Ahora que recuerdo —dijo Pachanga, retomando la palabra—, el otro día prometiste contarme algo referente a una muda. ¿Se trata de la puta de Tres Cabezas?

Muki rió de buen humor.

—No, no, no... ¿Cómo pues vos hablando asina, amigo Pachanga? Esta no era chochomeca que vos imaginas, hom. Otro muda era. Un de mi tierra, ¡jjjay!...

—Ajá —abrió grandes los ojos Pachanga, tornándolos casi blancos, y torció la cara como esperando que su patrón soltara una historia larga.

Muki captó las expectativas del otro.

—Pon bien rumbo lancha y agarra cigarro, hom. Voy contarte, pues, de mi Muda, la que mi querida fue allá en mi pueblo de Huacrachuco y por quien, aunque no creas, me hice pescador premero y ahora dueño lancha.

Pachanga manipuló el girocompás, puso el automático, se envolvió bien el cuello con la chalina y, con el cigarro a medio consumir en la mano, se sentó en el banco y dio una pitada larga, sin preocuparse de las ráfagas del viento que silbaban al costado de la caseta de mando. Abajo, en los camarotes, debían dormir ya los tripulantes. No se escuchaban sus voces.

La noche lucía negra, muy negra, y faltaba mucho aún para el amanecer.

—A ver, Muki, cuéntame ahora sí cómo fue la cosa.

Y Muki se soltó: la Muda era una muchacha de su pueblo, ¿sabes? Vivía a la salida, junto al camino que iba al cementerio. Era buenmoza, hom, cuerpona, cabello largo, lacio, buen talla. Por eso sus hermanos mucho la cuidaban, no la dejaban salir así nomás. Pero él venía rondándola de tiempito atrás.

—¿Y atracó? ¿La caíste?

—Aguanta, ahorita vas saber. Paciencia, hom —dijo Muki, se acomodó mejor en el asiento, se arrebujó con la bufanda el cuello, y continuó.

Sus hermanos se habían ausentado para suerte en esos días. Eran hojalateros, ¿sabías?, y estaban por las estancias y caseríos de Sihuas vendiendo sus baldes, lavatorios, y todo lo demás que fabricaban. Una noche, qué mierda diciendo, se aventó, hom. Le tocó la puerta y la Muda atracó. Como agarró camote, se arriesgó dos noches más, rogando a Mamá Meche, la Virgen Mercedes de su pueblo, que no volviesen todavía sus hermanos, pues esos eran unos malvados. Decían que eran abigeos, y que lo del negocio de la hojalata solo era pretexto para salir y echarle ojo a la ganadería de los pueblos y haciendas.

—La gozaste dos noches más, qué pendejo.

—Sí, pero último noche pasó algo grave, hom.

—¿Grave? ¿Qué pasó?

Pues que él estaba calato bien encamado con la Muda, cuando en eso tocaron la puerta.

—¡Mierda! ¿Y qué hiciste, Muki?

Se tiró debajo del cama, hom, mientras ella se quedaba orejeando sin atreverse a preguntar. Ahí nomás se oyó la voz de uno de los hermanos:

—¡Raymunda! ¡Abre! ¡Somos nosotros: Liberato y Nemesio!

—Pucha mierda —dijo Muki—, con el susto mi culo se hacía agua, hom.

—¿Y...? ¿Y...? Cuenta, cuenta.

Uno de los hermanos entró después de que ella abrió. También el otro. Dijeron que venían muertos de cansancio, y de frente se tiraron a dormir cada uno en su tarima.

—Y mientras tanto tú... —dijo Pachanga.

—¿Yo? Pues temblando, hom, debajo del cama. ¡Jajaj! No solo de nerviosidad, también de frío.

—Por la puta madre... ¿Y la Muda?

Se estaba quietita la taimada, haciéndose el dormida. Al poco rato, cuando ya sus hermanos roncaban, aprovechó para deslizarle bonito nomás su rebozo, escuchando seguro que sus dientes tronaban de frío.

Envuelto con ese rebozo salió. Ya era de madrugada. Y algunos que se dirigían a su chacra a trabajar, vieron a una rara mu-

jer esconderse por la quebrada. Mas, al parecer, alguien lo reconoció y pasó el soplo a los hermanos, o estos encontraron su ropa.

—¿Sí? —dijo Pachanga—. ¿Se enteraron?

Pucha, Muki, le dijeron, te has fregao. Los Chuqui están calientes y han dicho que te van a matar.

—Eso me asustó feo, hom —dijo Muki—. A escondidas rematé unos animalitos de mis taitas, cogí después mi alforjita donde metí algunas prendas y un poco de fiambre, y a escapadas salí del pueblo. Yo era muy pobre entonces, hom.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —rió Pachanga con ganas—. ¡Qué tal Muki! ¿Y de ahí no has vuelto a tu pueblo?

—Sí —dijo Muki, poniéndose serio—. Hace dos años volví, cuando ya patrón de lancha era yo y en mi pueblo me trataban de archimillonario.

—¿Y la Muda? ¿Y sus hermanos?

—Ya se habían olvidado. Además me miraban diferente, con harta respetación más bien. Es que ya no era yo homilde arriero que antes hacía viajes Huacrachuco-Sihuas con encargos, o muchacho que se ganaba el vida ayudando en chacras. Mucho menos, carajo, el chiuche que un tiempo escapó, Voy minas, diciendo; donde, porque era yo medio retaco y panzoncito, me pusieron mi mal nombre de Muki, por parecerme dizque a esos duendes dueños de tesoros.

—Entonces cuando volviste rico a tu pueblo, ¿se podía decir que eras un muki de verdad? —dijo divertido de veras Pachanga.

—Ah, bueno, claro —rió Muki, un tanto azorado—. Pero ahora era yo para ellos señor Quinllay, patrón lancha ciento ochenta toneladas, ¡jajaj!, en puerto pesquero mayor mundo, qué carajo, un runa ganando plata montones... Pero te seguiré hablando de mi muda...

—Sí —dijo Pachanga—. ¿Qué dijo al verte?

—Nada, hom. ¿Qué iba a decir? Si era muda.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! De veras. ¿Pero cómo reaccionó al verte?

Bueno, estaban en plena fiesta. Él se hallaba tomando sus traguitos con unos paisanos a quienes hacía años que no veía, cuando en eso uno de estos lo codeó, Mira, mira allá, le dijo. Ahí estaba la Muda gustándose de las pallas que danzaban echando al vuelo sus vistosas polleras. Al verla, sintió mucha emoción, como no te imaginas, hom. Ella fue, como ya usted sabes, la que

me dio suerte. Si no hubiera sido por ella, él no habría salido de su pueblo, y hubiera seguido jodido hasta cuándo, quién sabe.

—¿Y fuiste? ¿La abordaste?

Claro, claro que fue. Oye, Muda, le dijo, ¿se acordaba de él? La Muda lo miró de arriba abajo como diciendo ¿Quién?, ¿quién nomás pues eres? Y él: Yo soy Muki, ¿no me reconoces? Entonces la Muda lo abrazó con cariño, con respeto. Y él, Ven Mudita, ven; vamos al tienda. Ya en el establecimiento le dijo al dueño, A ver, bájeme ese pañolón, ese sombrero, esos zapatos, ese vestido, y así poco a poco le compró hasta calzones, que la Muda nunca había usado, hom. Cuando menos, a él siempre lo recibió sin esa prenda.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —se carcajeó Pachanga—. Pobre Muda, se lo merecía. En verdad, si no era por ella, no serías ahorita dueño de lancha, Muki.

—Sí, pero malhaya mi destino, hom. No fue nadita fácil llegar donde estoy.

—¿Sí? ¿Padeciste mucho?

—Si yo te contara...

—Pues, claro, que tienes que contármelo, compadre, que si no, yo me duermo hasta llegar a la zona de pesca. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!